

IN MEMORIAM
ANDRÉS VÁZQUEZ DE SOLA

El 'caoboe' del humor gráfico (dibujo satírico)

EDUARDO CASTRO

Como los vaqueros del oeste norteamericano ('caoboes' les llamábamos en su época los lectores de Marcial Lafuente Estefanía o cualquiera de los seudónimos con los que el prolífico autor manchego escribió y publicó sus varios miles de títulos del género), Andrés Vázquez de Sola se nos ha muerto también «con las botas puestas», solo que las 'botas' en su caso no eran las calzas con espuelas para cabalgar, sino los pinceles y la paleta para mezclar colores y pintar. Aunque nacido en 1927 en la localidad gaditana

de San Roque, Vázquez de Sola estuvo siempre vinculado a Granada, que era la cuna de su familia paterna, donde comenzó en 1951 su exitosa carrera como humorista gráfico y donde terminó instalándose tras su jubilación en 1985, año en el que fijó su residencia en la localidad de Monachil.

Periodista, dibujante, pintor y escritor, el amor y el respeto a su trabajo siempre tuvieron como base dos premisas para él tan esenciales como insoslayables: la verdad y la libertad de expresión. Desde su estreno granadino como dibujante satírico en el diario 'Patria'



—donde comenzó firmando como Chaládez hasta que Gallego Burín le aconsejó cambiar dicho seudónimo por los apellidos de su padre, que él adoptó ya entonces como propios—, más allá de los pinceles y los tubos de pintura, o de los papeles y la máquina de escribir, esas dos premisas fueron siempre sus verdaderas herramientas de trabajo, sus perma-

nentes armas contra la desigualdad y la injusticia imperantes entonces en la España franquista de la que no dudó en escapar —justo cuando la policía se disponía a detenerlo— para terminar triunfando en Francia y siendo reconocido con algunos de los más importantes premios del humor gráfico internacional.

Aunque él no se cansaba de repetir cada vez que le preguntan por ello que «la dialéctica, la sátira y el humor no son armas, sino herramientas», yo siempre quise añadirle también la cuarta pata de la crítica, una pata que no sólo le había costado sufrir el exilio, la censura y diferentes procesos judiciales —en uno de los cuales le llegaron a pedir nada menos que seis años de prisión por unos dibujos contra la Otan, con Felipe González en la Moncloa—, y de la que no quiso renunciar ni siquiera en la tranquilidad de su retiro, cuando en pleno confinamiento por la

pandemia del covid se dedicó a realizar y difundir a través de las redes una serie de varias viñetas diarias sobre las consecuencias políticas y sociales originadas por el estado de alarma, dibujos que terminaron expuestos en la casa natal de Federico García Lorca en Fuente Vaqueros.

A sus 97 años, la muerte le ha sorprendido en su taller de Monachil, donde seguía trabajando y engrandeciendo a diario el conjunto de su original e incomparable obra artística, cuyo legado compone la base principal del museo que el ayuntamiento de su localidad natal inauguró el pasado mes de marzo en el antiguo palacio consistorial del municipio, cuyas salas albergan desde entonces varios cientos de lienzos, litografías y grabados que conforman una auténtica antología crítica, irónica y en ocasiones mordaz de la amplia nómina cultural y política conocida por el autor a lo largo de toda su vida.